

Roosevelt y el Pueblo Argentino

Washington, Lincoln y Roosevelt

General de Brigada Don Juan Monferini

En la capital federal, donde residía, dejó de existir en la madrugada de ayer el general de brigada don Juan Manuel Monferini, provocando su deceso honroso pesar en todos los círculos,



especialmente dentro de las filas de las fuerzas armadas de la Nación, donde el militar desaparecido disfrutaba de unánimes simpatías. Vinculado a la carrera militar por vocación, el general Monferini ingresó a la escuela militar en 1903, obteniendo el diploma de subteniente en 1906. Desde entonces, su carrera orientada hacia el arma de infantería, le proporcionó sucesivos ascensos que constituyeron por otra parte, un reconocimiento a sus cualidades.

Estudioso, consagrado siempre a la idea militar, publicó una serie de volúmenes en los que se evidenciaba su inteligencia y su capacidad. El extinto se hallaba estrechamente vinculado a familias de nuestro medio, por lazos de amistad y parentesco. Sus restos fueron sepultados esta tarde a las 14.30 horas, dando margen a una piadosa ceremonia a una elocuente manifestación de duelo.

Era de la noble estirpe de los grandes americanos: Washington y Lincoln en el Norte, Bolívar y San Martín en el Sur. Si su pueblo reconoce en Washington, al padre de la independencia nacional, y a Lincoln, el padre de la libertad y de la unidad nacionales, en Roosevelt —en su obra y en su visión generosa de los destinos nacionales y americanos— reconocerá, en vida misma empezó a reconocerlo, como el padre de la democracia, en una segunda independencia frente a la tremenda inseguridad interna y a la amenaza exterior.

Bastaría para ello recordar las perspectivas del año 1933, en que Roosevelt se hizo cargo de la presidencia; en lo interno, la crisis y la desmoralización; en América, la desunión y el legítimo recelo por la política del imperialismo; en el otro lado del Atlántico, el advenimiento del fascismo. En 1945, superada la crisis interna, reconciliada la América, derrotado el fascismo de nuevo los caminos han quedado despejados, de nuevo libre el porvenir. En este proceso y en esta obra, la acción, la voluntad y la fe de Roosevelt están en primer término. Nunca lo olvidará la humanidad.

"VIVA LA DEMOCRACIA". —

El pueblo argentino lo comprendió en su gigantesca tarea de armonizar las Américas y asegurar la libertad de los hombres y de las naciones en la terrible guerra que toca a su fin. Y lo admiraba en sus excepcionales valores, como una noble expresión del espíritu americano. Estuvo en la Argentina a fines del año 1934, con motivo de la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, realizada en Buenos Aires, y vibró con nuestro pueblo en una profunda emoción democrática y americana. El saludo fraternal de las muchedumbres argentinas al gran demócrata y al vigoroso animador de la política de buena vecindad, se tradujo en un grito constantemente repetido: "VIVA LA DEMOCRACIA". El mismo



Roosevelt lo recordó en uno de sus admirables discursos dirigido a los pueblos americanos en una de sus grandes fechas, y últimamente Sumner Welles en su libro "Hora de decisión", ha evocado aquel encuentro de nuestro pueblo con Roosevelt como una categórica definición —entre tantas— del espíritu democrático y americanista de la nación argentina. "VIVA LA DEMOCRACIA". Estas tres palabras conmovedoras —dijo Roosevelt— son el clarín que proclama la firme convicción del pueblo de todas las democracias de que la libertad ha de reinar en la tierra.

Que viva la democracia en América y en el mundo, es el mandato de este muerto ilustre. En su tumba, tan inesperadamente abierta, en este Día de las Américas, los pueblos de todas partes musitan la oración impercedera de la democracia: "del pueblo, por el pueblo, para el pueblo..." y sobreponiéndose al dolor, ganando las calles y el mundo, elevan el grito del pueblo argentino que tan hondamente conmueva su espíritu: "VIVA LA DEMOCRACIA".

14 de Abril de 1945.

PABLO LEJARRAGA

Fue el campeón indiscutido de la unidad